



Año XLII.

Ortuzuela 15 de Diciembre de 1924.



Núm. 984

Fundador D. ADOLFO OLATARRANA.

¡AL PESEBRE!

Tío Matraca, el mundo se acaba; no puede ser otra cosa. Acabo de leer unos cuantos periódicos de noticias, y es cosa de tomar tila cuando suelta uno de esos papeluchos de la mano. ¿Usted sabe cuánto crimen, cuánta injusticia, cuánta infamia, cuánta picardía? ¡Qué de gente empeñada en vivir a costa de otro; qué de asesinos, de ladrones, de estafadores, de malvados de todas calañas! ¡Esto es horrible!

Pues para consolarse déjese V. las miserias individuales y tome V. las colectivas. Ambiciones por aquí, guerras por allá, tiranías, revoluciones, pueblos que se arman hasta los dientes para defenderse de otros que se arman hasta las narices. Y a todo esto, el trabajo por tierra, el lujo para arriba, los medios de subsistencia para abajo, y la mitad de los mortales acumulando en su corazón odio socialista contra la otra mitad, para hacerlo estallar el día menos pensado. Esto es desolador.

—Tranquilízate, Blas; chico tranquilízate y echa un cigarro, que el mundo siempre ha sido malo, y si ahora es peor, no por eso está ya todo perdido.

—¿Qué está V. diciéndome?

—Que no te desespere de ese modo, hombre, que la cosa aún tiene remedio, y por cierto bien sencillo.

—¿Qué remedio es ese?

—El pesebre.

—¿Qué cosas tiene V., tío Matraca. Hasta en los días más angustiosos tiene V. ganas de guasa.

—Nada de eso: hablo con muchísima formalidad.

—Pero criatura, ¿está V. en su juicio? ¿Con que para remediar los males del mundo, vamos a aconsejar a los hombres que se pongan una cabezada y se vayan a un pesebre?

no de la abnegación cristiana, y que se vayan al pesebre donde nació Jesucristo Señor Nuestro.

—¡Acabáramos, caracoles! ¿Por qué no habla V. claro? Haber dicho que se refería usted al portal de Belén.

—Pues, sí; me refiero al pesebre de Belén, donde nació el hijo de Dios entre el estiércol de los hombres, para conseguir que los hombres salieran de su propio estiércol y llegaran hasta el trono de Dios. Y digo, que en ese pesebre se halla y se hallará siempre la solución de todos los problemas individuales y sociales que apremian al mundo, añigiéndole con esos males que tanto te acongojan.

—¿Y cree V. realmente que ese es un verdadero remedio?

—No solo le tengo por verdadero, sino que afirmo que es el único capaz de salvarnos, digan lo que quieran esos sabios sin fe, que se han empeñado en curar a la humanidad dándole naturas de filosofía, y que hace treinta siglos se las están dando sin haber logrado aún quitarle el flato. ¿Tú no has oído decir, amigo Blas, que curada la causa se cura el efecto, y que para estirpar un mal lo que ha de burcarse es la raíz?

—Sí, señor.

—Pues, bien; el mal del mundo está en los pecados de nuestro corazón, y no hay que darle vueltas; por ese punto es por donde ha de empezar la curación si no se quiere perder lastimosamente el tiempo.

—Pero...

—Nada, lo dicho. Tiende la vista por todas partes; fijate en los males que nos rodean, y verás cómo se han fraguado todos ellos: las guerras, las revoluciones, esos desequilibrios sociales y económicos que amenazan a los pueblos con el hambre y la mise-

ria; esa ignorancia en que se ven sumidas millones de criaturas; ese cúmulo de enfermedades que nos afligen. Las presiones de arriba, las sacudidas de abajo, las grandes escaseces, los tributos; en una palabra, cuantas miserias siente el hombre pensar sobre su alma y sobre su cuerpo, son siempre efecto más o menos remoto de sus pecados o de sus faltas.

—¡Hombre, hombre! ¿Y eso no será una exageración?

—Lo parece, pero no lo es. ¿Quieres convencerte? Fijate en un solo mal cualquiera; por ejemplo, en el llanto de una madre que ve ir soldado a su hijo. Estudia detenidamente el origen de su aflicción, y empieza a discurrir.

¿Por qué le arrancan a su hijo?

¿Porque hay una ley de quintas que así lo manda.

¿Por qué hay esa ley de quintas?

Porque es necesario que haya un ejército permanente.

Porque hay que estar preparado contra las revoluciones y las guerras.

¿Quién promueve las revoluciones y las guerras?

Las injusticias de los hombres.

¿Y de dónde nacen esas injusticias?

De las malas pasiones.

¿Y las malas pasiones?

De las miserias de nuestro corazón.

Vamos a otro ejemplo:

Un pueblo se ve agobiado de tributos superiores a sus fuerzas; el descontento reina por todas partes, y el orden amenaza alterarse, produciendo una espantosa revolución que hará correr a ríos las lágrimas y la sangre.

Vamos a ver. ¿Por qué tanto tributo?

Porque el Gobierno necesita dinero.

Pero, ¿por qué necesita tanto dinero?

Porque además del que se filtra antes de llegar al tesoro público,

tiene este tesoro necesidad de pagar los gastos que trae consigo un inmenso ejército de soldados, otro ejército de guardias civiles y policías, otro de magistrados y de jueces, otro de empleados que administren, otro de gobernadores que gobiernen, etc

¿Y por qué tanta policía, tanta guardia civil, tanto soldado, tanto gobernador, tanto magistrado?

Por el millón y medio de pillos a quienes es preciso vigilar, gobernar, corregir, juzgar, castigar, contener, etc.

esta gente, y se ha suprimido la mitad del presupuesto. Luego el *quid* está en las picardías, o lo que es lo mismo, en los pecados.

—Tío Matraca, tío Matracal Tiene usted razón. No había caído nunca en estas cosas. En el pecado está el mal; no hay duda, en el pecado está el mal. Pero... ¿Dios mío! ¿cómo vamos a curar esa miseria que llevamos tan pegada al corazón? ¿Qué hacer con esa rebelde entraña que parece burlarse de nosotros mismos?

—Atarla corto y llevarla a pesebre.

—¿Canastos eso es duro.

—Nada; al pesebre.

—Pero... ¿Y la dignidad humana?

—Allí se recupera.

—¿Y la ciencia?

—Allí se aprende.

—De manera que V. cree que allí está el remedio de todos nuestros males?

—Sí, porque allí se enseña prácticamente la humildad y la virtud, que son las dos grandes lecciones que el mundo necesita. Blas, el mundo, hoy lo sabe todo. Sabe ser sabio, ser rico, sabe ser fuerte, sabe ser poderoso; pero no sabe ser bueno, y por consiguiente no sabe ser feliz.

¿Qué importa, pues, que ostente tantos progresos, si a través del ruido de su aparente civilización, se están oyendo los clamores de su miseria.

Pues bien, esa miseria, solo el pesebre de Belén puede curarla. Allí, junto al Niño se tiritan entre pajas, e calman los dolores, se enduzan las lágrimas, el trabajo se ennoblece, el fatalismo se ahuyenta, despiértase la fe ábrese las puertas de la esperanza; los ricos aprenden a bajar, los pobres a subir, los fuertes a temer, los débiles a esperar, y por último el hombre declarándose a sí mismo la guerra dentro de su propio corazón, llega a

hacer innecesaria esa represión exterior que envilece y rebaja, porque convirtiendo a las sociedades en establecimiento de corrección, hace de cada ciudadano una especie de presidiario suelto, sometido a la vigilancia de la policía. ¿Comprendes ahora, Blas dónde está el secreto de la *libertad* humana; el secreto de la dignidad y bienestar de los hombres?

—Sí tío Matraca, en el pesebre: ¡oh co trastel en el pesebre. Pero te digo a V. una cosa y es, que la llamada civilización moderna, engraida con sus *gracias* difícilmente se avendrá a bajar la cabeza y volver a a ese pesebre.

—Pues si no va a ese tendrá que ir otro.

—¿A cual?

—Al de las bestias. No hay remedio. El hombre puede quebrantar muchas leyes, pero existe una ley suprema que no quebrantaré jamás, y esa ley es la de la justicia. Cuando un pueblo se hace virtuoso, por su misma virtud llega a ser libre; mas cuando abusando de su libertad se desenfrena, su mismo desenfreno le vuelve a la esclavitud.

No hay escape: o la civilización moderna acepta de nuevo el freno de la fe y se humilla ante el pesebre de Belén, o tiene que disponerse a sufrir el yugo de su degradación y humillarse ante el pesebre de su decadencia. ¿Entiendes, Blas?

—Entiendo, vamos, entiendo. Es cuestión de elegir pesebre.

Adolfo Clavarana

El alma peregrina

Villancico de Navidad

Peregrina del cielo
Ronda mi alma,
Cada paso un gemido
De las entrañas

La noche viene,
Y en extranjera tierra
¡Que mal se duerme!

Un andrajo por túalca,
Por manjar blando,
Anda mi romerito
Siempre llorando:
Llorando siempre,
Y en cunita de penas
¡Que mal se duerme!
¿Dónde iré cuando ugen

Los huracanes
y los copos blanquean
Montes y valles?
¡Ayl entre nieves
Romerito de mi alma!
¡Que mal se duerme!

Heladito y sin fuego
Dando un suspiro
Cabe un portal me caigo
Desfallecido
¡Ay triste, suerte!
El romerito casi
¡Casi se maerel

—Entrad al romerito
Dice voz dulce,
Y angelitos me llevan
Junto a la Lumbre
¡Oh Lumbre ardientel
A tu calor divino
¡Que bien se duerme!

—
¡Oh hechizo de mis ojos!
Estoy cansado:
Si en tu cunita hubiera
sitio a entrambos...
No me despierten
En la cuna del Niño
¡Que bien se duerme!

—
Mas su voz me estasia:
—Si tienes sueño
Ven, dice, y descansa
Sobre mi pecho. —
No me despierten;
Sobre el pecho divino
¡Que bien se duerme!

—
Otra vez me arrebata,
Niño, tu acento,
Ven, romerito, y duerme
Dentro en mi seno.
No me despierten
Dentro el pecho divino
¡Que bien se duerme!

I. M. SOLA S. I.

A nuestros abonados

En casi todos los números nos devuelve el Correo paquetes que por habérseles roto la faja con la dirección no son entregados a sus destinatarios. Con este motivo, rogamos a nuestros abonados que no reciban el periódico, se sirvan comunicarlo a esta Administración, para que se les vuelva a enviar y no se vean privados de ningún número de LA LECTURA.

CASOS Y COSAS

Hasta Herriot ha temblado ante los avances comunistas y sintiéndose una vez fuerte con los alteradores de la paz francesa ha expulsado un buen número de ellos... no sin antes presentar mil excusas y pedir mil perdones a los expulsados.

Entre los comunistas salidos de Francia no figura ningún español.

Sin duda los que eran españoles vinieron todos en la cuadrilla de los salteadores de Vera o los han dejado para que tormen la guardia roja de Blasco Ibañez y Unamuno.

Y la necesitan realmente.

Unamuno es un loco de atar y Blasco si no está loco, sin embargo debiera estar atado. Pero como la gente se ha cansado de locos y de presidios sueltos han dado con ellos y por las trazas no tardará el día en que les muelan las costillas o bien los españoles residentes en París o bien otros extranjeros que como los estudiantes belgas no pueden sufrir que se calumnie a la nación hidalga y al Rey caballero que tanto bien hicieron durante la gran guerra.

Para que les guarden las costillas buena falta les hace una guardia roja.

¿Quién de los dos es más antipático: Unamuno a Blasco?

La contestación parece clara: Blasco.

De Unamuno se dice, por lo menos, que está loco, que se desvive por la notoriedad; que si supiera que ir a misa le daba más celebridad que las andanzas antimonárquicas y antiespañolas y anticlericales, iría a misa y oíría una docena de ellas todos los días.

Pero Blasco no es un loco, es un comerciante, un comerciante judío que por dinero vende su honor su pluma, su patriotismo y hasta la vida de los demás.

Blasco ahora pretende un gran negocio del cual espera dos millones de pesetas.

Toda la propaganda antiespañola y antimonárquica tiene por fin la venta de una novela tejida de calumnias y proccidades.

Hasta el mismo intento revolucionario de Vera lleva trazas de estar hurdido por él como un reclamo para su libro.

¿Qué violencia habrá adquirido la campaña y que burda habrá sido la hurdumbre que los principales librerías ingleses han tomado el acuerdo de no admitir a la venta el libro?

Tan repulsiva ha sido la actitud de Blasco Ibañez que al levantarse a hablar en París en la Sociedad «La Liga de los Derechos del Hombre» los oyentes se indignaron: «Que vaya a España!» «¡Que vaya a decir eso a Madrid!»

Y luego a la salida un grupo de españoles y estudiantes belgas le silbaron y hasta trataron de agredir, lo que evitó el valiente calumniador huyendo precipitadamente en un coche.

También la antipatía a tan grotesco personaje se ha manifestado en Madrid protestando una película sacada de una de sus obras. Lo mismo ha sucedido en Barcelona y en otras importantes ciudades españolas. En Valencia arrecia la campaña porque su nombre desaparezca del rótulo de una plaza.

La campaña debía extenderse a hacer retirar de la venta en toda España y en toda América sus obras.

¡Nadie debe comprar un libro de Blasco Ibañez! ¡Todo el mundo que ame a España debe impedir, por lo medio a su alcance, el que se venda un libro del negociante calumniador!

El ha intentado convertir en basura a España y sus Instituciones para luego en riquecerse con el precio de la basura; el castigo que debe imponerle todo español es hacerle la guerra a toda la basura literaria que ha salido de su pluma de basurero.

Con ello ganarian mucho la moralidad, la decencia y... las buenas letras.

Cuando iba a presentar sus credenciales el embajador de los soviets en Francia paseaba, hacia ya una hora, por la acera de enfrente una mujer.

La policía la detuvo y le encontró un revólver.

Preguntada qué objeto tenían aquellos paseos y aquel revólver contestó que matar al embajador ruso.

—¿Cómo una mujer del pueblo matar a un embajador que se dice representante del pueblo?

—Ese representa el crimen; es el asesino de toda mi familia: hermano, hijos, marido, todos han caído víctimas de su ferocidad. ¡Quería vengarlos y hacer así también gran beneficio a mi bajador! Presento sus credenciales y luego radiante de alegría recorrió las más concurridas calles gozándose en su triunfo...

Entre tanto la enlutada viuda lloraba en la cárcel su desventurada soledad.

Primo de Rivera continúa en Marruecos enderezando los antiguos entretos. Está ya fijada la línea fuerte definitiva en la zona occidental. Detrás de esa línea no quedarán más armas que las de los españoles. La línea será tan fuerte que podrá resistir los más poderosos empujes. En el interior se castigarán las rebeldías por medio de la aviación y por incursiones rápidas de fuertes columnas, que luego volverán a sus bases.

He aquí un plan claro, preciso y racional.

Con este nuevo plan se aminorarán los gastos, se ahorrará sangre y se consolidará España en esa faja de terreno convirtiéndola en una prolongación de la vida nacional al otro lado del estrecho.

A. HERNAN.

Lo que ignoraba una señora elegante

No se puede formar cabal idea de la ignorancia religiosa de ciertas personas en la época actual... desastrosa y lógica consecuencia de la lectura de periódicos neutros, del indiferentismo que reina hoy por todas partes.

El señor A... ha podido apreciarlo en sus visitas de felicitación de Año Nuevo.

Llega a casa de la señora X... Es una elegantísima dama... Su presen-

cia le descoñierta, pues en pleno mes de Diciembre, lleva el escote desnudo, los brazos desnudos.. las faldas cortísimas..

—El señor A... barruata: *Una víctima casi cierta de pulmonía...*

—¿Cómo sigue el señor?...

—Un tanto friolero, señora mía.

—¿De verdad? No es de extrañar... Va usted tan abrigado...

El buen visitante está tentado de contestar, mientras se quita la bufanda de seda: «No toda la gente es como usted...»; pero se contiene:

«En mangas de camisa» repite sonriendo finamente.

—¿Se da por aludida la camita?... El señor A... no se preocupa de averiguarlo, pero piensa para sus adentros: «Lo que es patente es el poco respeto de esta... señora a la decencia ajena; pues con la propia parece que está en malas relaciones».

Reanudan la conversación.

—Sabe usted lo que nos ocurrió esta semana?

—No señora.

—El bebé de mi vecina y amiga la señora de R... A los tres meses, y gravísimo.

—¿Cuánto le usted; ¿sufrió algún accidente?

—Sí; por haberse atragantado el niño se asfixiaba... le dió una especie de espasmo nervioso... Afortunadamente me encontraba yo allí...

—¿Estaba bautizado?

—No, pero ya le he dicho que estaba yo allí.

—¿Qué hizo usted?

—Pues sencillamente, lo que debía... Llamé a la doncella: «¡María, una botella de agua! ¡Rápida!...» Un momento después, llegaba la chica.

—¡Bravo!

—Díjete presurosa: «¡María vierta con abundancia agua sobre la cabeza del chiquitito!»

—Y las palabras?...

—Permitame que termine... No me olvidé de la frase sacramental, fui yo misma quien la pronunció.

—¿Mientras la muchacha vertía el agua?

—¡Exactamente! al mismo tiempo!

—¿Qué desgracia; señoral ¡qué desgracia...! ¡No le bautizó usted!!!

—¿Cómo? ¿no bauticé al chiquitín...?

—No señora y perdone. Para haberlo hecho debía haber vertido Us.

ted el agua y Usted misma haber pronunciado al mismo tiempo la fórmula. Es una sola persona la que ha de administrar el sacramento y no dos..

La buena señora miraba a su interlocutor con aire aturdido:

—Estoy admirada.

—No sé de qué se admira. ¿Por ventura no estudió el Catecismo?

—¡Ya lo creol... Y luego continúa, con malicia.

—¿Por qué no añade usted que es raro que no haya olvidado la condición del agua *natural*? Y acentuaba la palabra *natural*.

Una nueva idea se le ocurrió al señor A...

—¿Murió el bebé?

—Afortunadamente, no.

—Mejor, pues de lo contrario pasaría sobre usted una gran responsabilidad.

La señora baja la cabeza contemplando los brillantes de sus sortijas.

—¿Se puede saber por qué el torro no estaba bautizado teniendo ya tres meses?

—Una razón muy sencilla. El señor R... quería celebrar un gran bautizo y esperaba que su esposa pudiera asistir...

—¿De manera que por una comida se jugaba la salvación de un alma?

La señora Z... contesta enfática y tranquilamente:

—¡La madre del chiquillo no podía prever el percance! Y, además —continuó sonriente—, lo que bien acaba, bien está... El chiquillo vive...

Estupefacto el buen hombre prosigue:

—¿Podría saber, señora, hasta pecando de indiscreto, las palabras que pronunció usted mientras la muchacha vertía el agua?

—¿Para qué?... Son las del bautismo... bien las sabe usted...

—¿Querria recordármelas?

—Con mucho gusto... No cesaba de repetir mientras María echaba el agua: *Mea culpa... mea culpa... mea máxima culpa...*

El Señor A... da un brinco.

—¿Qué le pasa?—le pregunta la distinguida dama,

—¡Estoy aterrado, señora, de oír tales cosas...

—¿Quizá son otras las palabras?

—Tenía usted que decir: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

La pebre, con tono tranquilo preguntóle:

—¿No quieres decir lo mismo?...

El visitante se levanta, saluda cortés... lo mejor que sabe... y se marcha rogando en su pecho la gran indignación que estuvo a punto de estallar durante la visita...

Una vez tranquilizado, reflexiona: mucho pecho al aire, mucho brazo al aire... y mucho catecismo, al aire... Apariencias vanas... nada real...

—Época infeliz... laica... materialista... Sólo valen quienes aman el ideal cristiano... los que practican la reli-

BUENA REGETA

—Déjese usted, doctor, de Sacramentos. Lo que importa es conseguir salud. Yo, hablando con toda franqueza, debo decirle que estoy convencido de que no tengo alma.

—Pues, con su permiso, me retiro; replicó el doctor. Yo, hablándole así mismo con franqueza, debo decirle que no soy *veterinario*, sino médico.

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavaran

En sistema completo

nuevamente ilustradas

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bellas y elegantes tipografías, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción...	4 pesetas mensuales
Media id...	2 » »
Un cuarto id...	1 » »
Un octavo id...	0.50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.